

Revista de Literaturas Modernas
Número 37 (2007) 157-175

**GÉNEROS DISCURSIVOS DE LA MEMORIA EN CLAVE
LITERARIA: LOS DÍAS INICIALES DE JOSELÍN CERDA
RODRÍGUEZ**

Judith de los Ángeles Moreno
Universidad Nacional de Catamarca

Resumen

Siendo el de las memorias un género legendario, hay que reconocer que su producción y posterior estudio ha cobrado particular auge en las últimas tres décadas. Si bien en el panorama sobre la escritura literaria en Catamarca, se conocen trabajos sobre las posibilidades de este género, están acotados a la poesía o a un texto como Niñez en Catamarca de Gustavo Gabriel Levene. Un aspecto probablemente distintivo de esta comunicación sea el corpus literario constituido por los relatos que integran Los días iniciales (1993) de Joselín Cerda Rodríguez, un escritor cuya obra constituye un caso infrecuente, por su autoafirmación étnica y por la textualización del yo en la reconstrucción de la memoria personal y colectiva.

Interesa indagar: cómo el discurso construye las representaciones de la memoria personal; cuáles son las huellas del enunciador y cuáles las relaciones entre el yo autorial y el yo narrador en los enunciados narrativos; cuáles son las diferentes modalidades discursivas del género que exhibe la construcción de los textos. En relación con este último aspecto, importa considerar el plan de escritura de los relatos y la intercalación de recuerdos de infancia y de juventud, retratos físicos y morales, descripción de caracteres, evocación subjetiva y narración propiamente dicha.

El abordaje previsto se encuadra en el marco teórico y metodológico provisto por el Análisis del Discurso (AD) y, en particular, sigue las

propuestas de la Teoría de la Enunciación, la Lingüística del Texto y la Teoría Literaria, a partir de compatibilidades conceptuales que posibilitan integrar las distintas perspectivas teóricas.

A través de este primer acercamiento al universo literario de Joselín Cerda Rodríguez se espera poder demostrar que la recuperación y preservación de la memoria personal, como colectiva constituye un punto de apoyo determinante en la plasmación de una cosmovisión singular e infrecuente.

Palabras clave: Joselín Cerda Rodríguez - géneros de la memoria - discurso literario

Abstract

Being the memoirs a legendary genre, it must be admitted that its production and subsequent study have gained particular interest in the last three decades. Though many works about the possibilities of this genre can be found in Catamarca's literary production, these are limited to poetry or text, as Niñez en Catamarca by Gustavo Gabriel Levene. A distinctive aspect of this communication is likely to be the literary corpus conformed by the stories that integrate Los días iniciales (1933) of Jocelín Cerda Rodríguez, a writer whose work is unusual, due to its ethnic self assertion and the "self" textualization in the rebuilding of the personal and collective memory.

It is interesting to investigate how the discourse builds up representations of personal memory, what are the traces of the enunciator, and what the relationship between the authorial "I" and the narrative "I" in narrative statements. It is also important to analyze the different discourse modalities of the genre displayed in the texts' construction. Regarding this last aspect, it is relevant to consider the plan for writing stories and the intercalation of memories from childhood and youth, physical and moral portraits, character description, subjective evocation and storytelling itself.

The intended approach fits into the theoretical and methodological framework provided by the Discourse Analysis (DA) and specifically, it follows the proposals of the Theory of Enunciation, Text's Linguistics, and Literary Theory, from conceptual compatibilities that allow the integration of the different theoretical perspectives.

Through this first approach to the literary universe of Joselín Cerda Rodríguez it is expected to demonstrate that the recovery and preservation of personal and collective memory, constitute the basis to determine the realization of a unique and infrequent vision.

Key words: Joselín Cerda Rodríguez - memoirs genres - literary discourse

Joselín Cerda Rodríguez; breves notas para una biografía

Escritor oriundo del interior, nacido en Tinogasta, departamento de la Región Oeste de la Provincia de Catamarca, el 17 de noviembre de 1920 y fallecido a los ochenta y dos años, el 27 de marzo de 2003. Su actividad vital se concentró en tres ámbitos bien perfilados. Como médico cirujano, egresado de la Universidad Nacional de Córdoba, especialista en Ginecología y Obstetricia, publicó trabajos en revistas científicas de su especialidad e introdujo en Catamarca, en 1954 el Método Psicofiláctico para la preparación del parto sin dolor. Como estudioso y profundo defensor de las culturas originarias de América, fundó, en 1987, la Agrupación Indigenista “Juan Chelemín”, de la que fue su primer presidente. Justamente, gran parte de su obra revela que escribe impulsado por el consciente afán de rescatar y resignificar la cosmovisión indígena, de preservar sus símbolos.

Finalmente, en su trayectoria de vida hay que detenerse en su labor como escritor, aspecto significativo en relación con el objetivo de estudiar su obra. Ha publicado los siguientes libros: *Los días iniciales* (1993), *Las sendas del Llastay* (1994) *Chelmín y su época. Breve reseña histórica de los dos Juanes* (1995), *Tinogasta en la leyenda* (1996), *Cuentos para el asombro* (1996), *Adiós inocencia (17 cuentos eróticos)* (1996), *La vida comienza al amanecer* (1997),

Hablemos de nuestras raíces (1998), *El indio a caballo* (1999), *Cuentos de la realidad y la ficción* (2001), *El ocaso de una pasión* (2001) y *Estampas del pasado* (2002). La diversidad de títulos no oculta la identidad de propósitos que los temas tratados en ellos mantienen: compromiso étnico, manifestado en textos vehementes y encendidos a la par de la evocación personal, nostálgica; memorias y recuerdos del pasado personal. En una de las solapas de sus libros se lee que fue un médico de profesión y un escritor por decisión.

La textualización del yo en clave literaria

Este trabajo constituye un primer acercamiento al universo literario de un escritor cuya obra constituye un caso infrecuente en el panorama de la escritura literaria en Catamarca, por su autoafirmación étnica y por la reconstrucción de la memoria personal y colectiva.

Ahora bien, un aspecto probablemente distintivo de este abordaje sea el corpus literario constituido por los relatos que integran *Los días iniciales* (1993); esto de “aspecto probablemente distintivo” encuentra explicación en el hecho de que tradicionalmente se ubican dentro del ámbito de los géneros de la memoria -en su definición más restringida- modalidades textuales como memorias, testimonios, autobiografías, y en su definición más amplia, los recuerdos de viaje, diarios íntimos, historias de vida, recuerdos, cartas...

Un ejemplo paradigmático de escritura factual en estas modalidades lo constituye, sin duda, la literatura argentina del siglo XIX. Así, en el trabajo ya canónico de Adolfo Prieto¹ se deja establecido que el relato de la propia vida es una característica que atraviesa la narrativa argentina a lo largo de aquel siglo. Este relato se convierte en un mecanismo de autoafirmación y de autovalidación del nombre propio.

En tanto, de la lectura atenta de los relatos que integran *Los días iniciales*² surge la necesidad de establecer algunas diferenciaciones

ineludibles. Se trata de textos literarios y no testimoniales; la verosimilitud de lo contado no es relevante. Importa, por el contrario, el hecho de que asumen un modo de narración memorialística; se sitúan en el ámbito de la autoficción y en ellos la referencialidad -que caracteriza a los textos de la memoria propiamente tal- se desplaza hacia la ficción como tentativa de autorrepresentación. O más concretamente: en *Los días iniciales* se advierte un ensamble entre imaginación y realidad fáctica. Ésta es la hipótesis de lectura en la que se sostiene este trabajo.

Llegados a este punto, y para definir una vía de entrada en los textos, resultan iluminadoras apuntaciones como las de Sylvia Molloy³. Esto es, el siguiente planteo: cómo se organiza un modo de ver que permita leer en perspectiva autobiográfica textos que, tramados por fuera de las convenciones canónicas del relato de la propia vida, permiten su lectura en esta clave, y en el caso de la obra que nos proponemos estudiar, que nos posibiliten seguir esta línea que aparece entretejida con la ficción.

Otra contribución de Molloy que actualiza los debates teóricos en torno de la especificidad de la autobiografía, es aquella en la que señala que, en virtud de la diversidad de formas externas que adopta la autofiguración, es en última instancia la actitud del lector la que define un texto como autobiográfico o, como en nuestro caso, esta actitud permite seguir uno de los planos de discursivización optados en la escritura de *Los días iniciales*. En este sentido, la noción de *espacio autobiográfico* propuesta por Leonor Arfuch⁴ intenta dar cuenta de un terreno en el que las formas discursivo-genéricas clásicas empiezan a entrecruzarse o hibridizarse.

Del plan de la obra y otras características

Efectuadas estas consideraciones teóricas previas, nos proponemos concentrarnos en la lectura interpretativa de los textos,

apoyándonos en el Análisis del Discurso como espacio de indagación interdisciplinario.

En su disposición externa, la obra de Joselín Cerda Rodríguez aparece estructurada en un breve prólogo, dos partes, un apéndice o glosario de palabras de uso común en la región y un epílogo. La primera parte se titula “Relatos del amanecer” y reúne diez textos; la segunda, “Perfiles humanos” y agrupa siete textos. Otra observación: al final, los textos aparecen fechados con indicación del lugar, mes y año en que fueron escritos. Estas fechas no siguen un orden cronológico, sino que son discontinuas. Así, mientras el primer relato aparece datado en Tinogasta, en mayo del 78; el último, también en Tinogasta, pero en diciembre de 1950.

Los indicadores anteriores permiten pensar que la recuperación -por vía de la memoria- de episodios iniciales (reparemos en el título de la obra), que la evocación de momentos de infancia y de juventud, que el rescate de personajes y de anécdotas de aquellos días fueron motivos de permanente inspiración para la escritura de Joselín Cerda Rodríguez.

Además, de los mismos indicadores también puede desprenderse que, se trata de una producción literaria tardía -empieza a publicar en la década del 90- con respecto a su edad cronológica; ya fue señalado que había nacido en 1920 y que murió a los 82 años, en marzo de 2003. No obstante, éste, su primer libro reúne -como señalamos arriba- textos fechados desde 1950 en adelante, dato que revela que el ejercicio de la escritura es notablemente anterior a la fecha de aparición de la obra.

Apenas algunas cuestiones más relacionadas con la escritura del “Prólogo”, antes de abordar los relatos. Aparece firmado por Joshino, apócope en diminutivo, apodo afectivo surgido del propio nombre. Sin embargo, el enunciador de este “Prólogo” se refiere a sí mismo en 3ª persona del singular; en realidad a través de él construye el simulacro del enunciador empírico, productor del discurso, responsable de la enunciación. Opera así, la distinción pionera de Benveniste entre un

sujeto que se expresa a través del discurso y otro que constituye a través de aquél. En tanto el “Epílogo” aparece inicialado con J.C.R.; en este caso el escritor es la fuente autónoma de su palabra.

En su contenido, el “Prólogo” trae la expresión del credo estético: “Escribe lisa y llanamente para expresar sus emociones tal como las siente en su espíritu sensible”. Antes ha señalado que no tiene pretensiones literarias pero “que su acentuada tendencia a la narración le impulsó a escribir sobre el problema indígena a lo que se agrega su nunca desmentido apego por el pago”. Quedan así, escuetamente perfiladas las dos líneas temáticas que pueden reconocerse en la escritura de Joselín Cerda Rodríguez: la ponderación de las culturas vernáculas o “la reivindicación del indio americano”, para decirlo con sus propias palabras, consignadas en el prólogo de otra de sus obras titulada *El indio a caballo*, publicada en 1999⁵, es decir, la discursivización como espacio de representación de la autoafirmación de la etnia andina colla. La otra es la línea relacionada con el mundo próximo, íntimo y familiar, con la evocación del pasado personal, cuya primera expresión se concreta en *Los días iniciales*.

El movimiento que describe la escritura del primer relato, “A mi madre”, es significativo en cuanto a ser clave en la manifestación de la fusión voz autorial - voz del narrador - personaje. El texto se inicia diciendo:

Me encuentro donde el tiempo sobra, donde hay un exceso de tiempo vacío e indiferente, pasa por delante de mis ojos, [...] vuela y escapa por entre las rejas de la ventana inaccesible y se diluye perezoso en la asoleada claridad del día o transita insomne por las luciérnagas de la noche.... Obligado por las circunstancias he tomado una decisión desusada: [...] ocupar el tiempo abundante buscando un medio de eludir las prevenciones y coerciones interiores y exteriores. Hay que hacer un esfuerzo sobrehumano para no dejarse ganar por el

desaliento Cuando noto que el sinsabor o la angustia empiezan a corroer el alma me refugio en la soledad de mí mismo, cierro los ojos buscando mayor intimidad y con la linterna de mi memoria alumbro las sombras del abigarrado mundo de mis emociones y pensamientos [...] cuando he conseguido purificarme de los venenos interiores, es cuando pienso en mi madre y la recuerdo en los últimos días que ha vivido (p. 15).

Mucho para decir. En principio, que por sus ideas políticas, por ser comunista confeso y militante, una vez producido el golpe militar de 1976, Joselín Cerda Rodríguez fue encarcelado y privado de su libertad durante dos años y medio. Este primer relato, como ya apuntamos, fue escrito en mayo del 78. De modo que esta circunstancia de la vida del escritor, encuentra su plasmación o su correlato literario en la voz de quien se dispone a relatar la primera historia de *Los días iniciales*.

La discursivización de este tópico se hace más evidente aún en el relato titulado “Los yuyos”, incluido en la primera parte y fechado en junio de 1976, como en el siguiente pasaje en el que esto puede confirmarse:

Fueron tiempos difíciles, una dura experiencia como para poner a prueba la resistencia de un individuo en un ambiente hostil y pernicioso. Por un lado el ocio forzoso, por el otro la impotencia y la desesperación. [...] Las horas, los días y los meses interminables que se hacen años lentos, vacíos y monótonos [...] No es excepcional que en tales circunstancias después de largas jornadas agobiantes brote el llanto... Poco a poco y en forma imperceptible va ganando terreno la resignación, único consuelo que le queda al indefenso que sin embargo no se entrega. Cuando llega a ese particular estado de ánimo sólo queda el manido recurso de echar mano a un

manejo de recuerdos para revivir de nuevo sus alternativas y se encuentra consuelo (p. 31).

En relatos como los ya mencionados hay un marcado contraste entre la circunstancia (presente) que motiva la recuperación de los días de infancia y los recuerdos de situaciones, sentimientos, percepciones, vivencias de sucesos iniciales (pasados) recuperados y luego verbalizados. En otros relatos lo que lleva a recomenzar la narración de sucesos de la propia vida son circunstancias muy diferentes anteriores. Esto puede ilustrarse con el relato titulado “El naufragio”:

Encontrábame hace ya varios años en las costas atlánticas de un país centroamericano contemplando, con el corazón regocijado, la inacabable extensión del mar. Todo parecía trasuntar tranquilidad y silencio en la vastedad del paisaje [...] Sentado en las arenas tibias, con las piernas encogidas abrazaba mis rodillas en una actitud de meditación [...] Posiblemente la magia hipnotizante del ambiente y la atenta meditación que me mantenía absorto hayan sido la causa que hicieron surgir en mi mente ... esas imágenes. Creí ver surgir y reflotar los restos informes de ese naufragio ocurrido vaya a saber cuándo: barriles, cajones, maderos [...] Entre esos restos dispersos afloraron de repente, con nítidos perfiles las imágenes y los recuerdos que resurgían desde el fondo de los días. Entonces comprendí que estaba presenciando el naufragio de mi propia infancia (p. 41).

Este comienzo del relato propone la representación de un hombre adulto que medita mientras contempla el mar. Nuevamente hay que apuntar una referencia fáctica, extraliteraria: el escritor fue un viajero consecuente y tenaz.

En “Las jaulas” -relato fechado el 19 de octubre de 1980 también de la Primera Parte- el enunciador deja claramente señalada la distancia que separa el presente de la enunciación con el pasado evocado en los enunciados. Es el adulto que regresa al espacio donde transcurrió su niñez, un espacio poblado de estancias: la casa, la galería o “cambicha”, el patio, el potrero, la viña... y de objetos entrañables: los cuadros, los retratos de los antepasados, “el horno que agoniza con sus bocas tiznadas” (p. 55), el mesón, la petaca, las jaulas, las macetas, la olla de hierro, la máquina de moler maíz, “la mano de mortero rota” (p. 55): “Esas ideas se me enciman cada vez que regreso, después de un tiempo variable a la casa grande, donde vivieron mis padres y mis nueve hermanos. Siento la urgencia emocional de volver al viejo escenario... Han pasado sesenta años...” (p. 55).

Retomando el relato de apertura de la obra, la primera en ser rescatada del pasado es la madre, quien es captada o mejor retratada durante los años de su vejez. Su aspecto le recuerda al de la “Pachamama, eterna, cuidando y protegiendo la tierra y su simiente”. La mujer real, la madre asociada con la mujer como símbolo mítico de la tierra para la cosmovisión indígena.

Un día cualquiera descubrí en su negra cabellera un largo y fino hilo de plata que me pareció algo postizo. Después con el paso de los años otro y otros hasta que llegaron a ser incontables. Uno diría que eran finas hebras de cristal o rayitos de luna, como si ésta se hubiera entretenido tiñendo su pelo con su luz plateada [...] Hoy, cuando la miro así, su cabello es todo de luna; hoy más que linda es sagrada (p. 17).

En cambio, en “Las jaulas” la madre es recordada en la plenitud de su vida, en aquellos días febriles de intensa actividad cotidiana, en medio de los quehaceres del hogar:

Veo cómo se acomoda el zorongó renegrado, colócase un delantal y con el ánimo renovado pone manos a la obra... Mírenla trajinar por todos lados, entrando y saliendo de la casa. Hacha un generoso tronco que servirá para calentar el horno, atiza el fuego del fogón prendiendo a puro pulmón... acarrea el agua para la tina, [...] Amasa una tortilla que se asa al rescoldo, lava alguna prenda, zurce que es un encanto, anda y reanda, da vueltas y más vueltas en una actividad permanente que la mantiene ocupada todo el santo día (p. 56).

La constante evocación de la madre está vinculada a una opción temática. El enunciador dedica relatos íntegros (como el primero y éste) y extensos pasajes a la evocación de la figura materna. El fragmento antes citado también aporta un detalle interesante en cuanto a la autoconciencia de la tarea de la escritura: la apelación al interlocutor (lector) que es posible anclar en la forma gramatical del verbo en imperativo con pronombre enclítico: "Mírenla".

Son numerosos los pasajes que respaldan la afirmación de que la recuperación del pasado personal se concreta desde la nostalgia. Sin embargo, en otros el movimiento de retrotraerse a la infancia es efectuado "con alegre disposición" (p. 55). En realidad, en las textualidades de *Los días iniciales* hay una intermitencia entre la evocación nostálgica y los recuerdos gozosos de episodios felices de la infancia transcurrida en el pueblo natal y en la casa paterna:

La maravillosa fantasía que todo hombre lleva adentro salió y se echó a volar. Así fue como vi la acequia centenaria que aún hoy corre por los fondos de la casa paterna. Esa acequia que guarda muda y solitaria gran parte de mi niñez, mis ilusiones, mis fantasías, mis secretos ("Los yuyos", p. 31).

La infancia es recuperada como la edad dorada y entre esas reminiscencias hay un lugar especial para los otros niños, los amigos de la infancia, quienes son recordados como la pandilla de la Vanguardia Selecta, integrada por el narrador- personaje: Joshino, el Mishica, el Frisón, el Chascharata, el turquito, el Shulca y el Indio Martín.

Vivencias recuperadas

Interesa determinar ahora cuáles son los episodios, las presencias, las circunstancias de infancia y, en algunos casos, de juventud que el texto recupera. Para ello, se hace necesario precisar el concepto de vivencia. En este punto, nos apoyamos en el deslinde teórico efectuado por Gadamer, desde una perspectiva hermenéutico-fenomenológica, pensamiento reseñado por Arfuch.

Dicho concepto es entendido como unidad mínima de significado que se hace evidente en la conciencia. En la noción de vivencia interviene un componente clave: su dimensión intencional, “es algo que se destaca en la corriente de la vida”, aunque está en estrecha relación con la totalidad. Son fragmentos “entresacados” del *continuum* de la existencia, pero representativos del todo. En este sentido, es plausible tipificar a *Los días iniciales* de Joselín Cerda Rodríguez dentro de los géneros literarios autobiográficos, por ser indagación del mundo privado, objetivación de vivencias personales, subjetivas. Estos relatos constituyen una de las modulaciones de la expresión vivencial a la que también pertenecen las memorias, diarios íntimos, confesiones.

Entre las vivencias textualizadas pueden mencionarse las siguientes:

- Los juegos infantiles realizados en solitario o en compañía de otros niños hermanos y hermanas o los integrantes de la

“aguerrida vanguardia”: “Nemesio, Amado, Horacio, el indio Martín, Oscar y Joshino. Seis perfiles de niños felices que gozaron ampliamente la vida” (p. 44). Entre los juegos: remontar un barrilete, trepar tapias, jugar a las bolillas, a la pelota, montar un animal, “zambullirme por los portillos de los cercos, trezarme en una gresca o perseguir una mariposa para luego extasiarme con la maravilla de sus formas y color” (p. 32). O el juego de las figuritas cuando “un racimo de changuitos, aprovechando el calorcito chirle contra las tapias de adobes, juegan a las ‘tapaditas’ con las figuritas de colores de los chocolatinos Kelito” (p. 99).

- Las correrías y aventuras de la hora de la siesta; por ejemplo, cuando la pandilla, con las gorras llenas de frutas y al amparo de “las sombras refrescantes de la quinta familiar” se reúne para elegir a la uva como “la Reina indiscutida de las frutas” (p. 64).
- La llegada de los Reyes Magos, las ilusiones infantiles, la espera de los juguetes: unas monedas de veinte centavos, una muñeca de trapo, un autito a cuerda, una medalla de la Virgen Niña, una bolsita de bolillas, un trompo de colores.
- El primer amor: “Un amor ingenuo y limpio que dejó un surco hondo en mi espíritu... ¡Qué hermosa me parecía ella cuando al frente de la clase leía con perfecta entonación la lectura del día!” (p. 46).

En cuanto a los personajes pertenecientes al mundo de los adultos, pueden ser agrupados en:

- Aquellos identificados por sus oficios: “el peluquero del pueblo, un libanés honesto y bondadoso” (p. 42); el carpintero, “a quien la necesidad obliga a cambiar el martillo y el serrucho por el cuchillo del cañero” (p. 42); el minero fracasado “que se

pasa 'pirquineando' entre los cerros" (p. 42); el director de la escuelita de la villa; el respetado Procurador, quien "se empeña en seguir usando las antiguas armas de la decencia y la honestidad en un mundo en donde las artimañas y el engaño han adquirido carta de ciudadanía" (p. 43). Todos ellos, según confiesa el narrador, "indisolublemente ligados a mis caros afectos" (p. 43).

- Aquellos a quienes el narrador designa como "característicos de los pueblos de campaña" (p. 43). A este grupo pertenecen Don Goyito, "hombrecito pequeño y esmirriado tiene sus rodillas tan exageradamente juntas y sus piernas y pies tan extremadamente separados que para poder desplazarse debe dar pequeños saltitos como el chuschín" (p. 43); la Loca Sedeño y Juan Luz. Los dos últimos son personajes que inspiran los relatos homónimos incluidos en la Segunda Parte.
- Aquellos que integran la galería de personajes cuyas historias se incluyen en la Segunda Parte. Ellos son: Jushipa, el baqueano de la cordillera de rostro aindiando, el que "tiene la misma paciencia y la perseverancia de la piedra o del temporal" (p. 81); Doña Narcisa "la vieja india que siempre les produjo una acentuada curiosidad" (p. 83) a los niños de la pandilla; la Loca Sedeño; el indio cortador de adobes, Adeodato: "¡Don Adeodato! Aún lo recuerdo cuando en mi niñez contemplaba curioso su tosco rostro de indio, de indio de pura cepa -abaucán- para mayores datos... nada más trágico en su imagen íntima que aquella apabullante mansedumbre de buey viejo" (p. 96); Juan Luz; la Rubia Arena, la vendedora de empanadas, el personaje que está presente "en cualquier concentración pueblerina [...] Una canastada de empanadas calentitas cubiertas por el mantelillo cuadriculado limpio. Ni ella ni las empanadas podrían pasar desapercibidas entre el gentío" (pp. 104-105).

La historia y caracterización de “El indio Martín” cierra esta galería. Se trata de uno de los integrantes de la pandilla. El narrador se detiene a trazar un pormenorizado retrato fisonómico y espiritual de este singular personaje:

Sus características antropológicas nos hacen sospechar que era indio mataco: más bien bajo y retacón, cabeza con poca frente, una tupida enramada negra y dura que le daban un aspecto curiosamente salvaje [...] En cuanto al genio de la raza se manifiesta en eximias condiciones naturales: trepa con equilibrio pasmoso y se deja caer como el gato onza mullidamente desde el peral; cauteloso, precavido, silencioso es el mismo yaguareté que aguaita... Es el amigo sin zancadillas ni agachadas... Consustanciado con todos y cada uno de los integrantes de la barra infantil llegó a ser el exponente cabal de la amistad, el desinterés y al amor propio del conjunto (pp. 112-113).

Las opciones realizadas para la puesta en texto de este retrato trasuntan una adhesión afectiva, una consonancia o identidad espiritual entre la voz que describe y aquel que es retratado.

Hay fragmentos en los que la elección de temas y motivos, la combinación de rasgos estilísticos y el tono gozoso perfilan el modelo previsto para los relatos de recuerdos de infancia. Por ejemplo:

A esa edad con una sensibilidad manifiesta y una fantasía de velas desplegadas se puede ser cualquier cosa. Yo me convertí en un dichosísimo navegante solitario y mi acequia adquirió las dimensiones de un río fabuloso que atravesaba países y tierras desconocidas. Descubrí sus accidentes costeros a los que bauticé apropiadamente: “La vuelta de los perales” que fue siempre un lugar privilegiado por la bondad incomparables de

sus frutos; “La bahía del cañaveral” [...]; “La ensenada de los talas”, “El hondo”. Encontré fiordos estrechos con escarpadas orillas y espesa vegetación de churquis, algarrobos, chañares y pizcalas que ofrecían seguro refugio a las bandadas de arenas impías, en donde, según mis alucinaciones, encontré por primera vez huellas del Mayuato ese ser fantasmal cuyo rastro se asemeja a la de un niño pero que nadie jamás ha podido ver. El agua de mi acequia traía el testimonio de lejanos naufragios, restos de vegetación de selvas desconocidas, animales monstruosos que me recordaban los cuentos y leyendas escuchados en las crudas noches de invierno alrededor de la lumbre del brasero (p. 32).

En el fragmento en cuestión se manifiestan una serie de indicios lingüísticos que orientan la interpretación en el sentido anticipado. Las huellas del dispositivo enunciativo arrojan datos relevantes. Así, el demostrativo determinativo “esa” (edad) envía, indubitablemente, a un momento anterior al de la enunciación; la deixis personal instala la referencia en la autorreferencia a través de los pronombres personales de primera persona: “yo”, “me” reforzada por los posesivos “mi acequia”, “mis alucinaciones” y, ante todo, por las formas verbales de primera persona: “(me) convertí”, “descubrí”, “bauticé”, “encontré”, “di”. Las unidades léxicas acentúan un motivo canónico: la natural imaginación, la inagotable fantasía propia de los niños de cualquier tiempo y lugar. Sin embargo, algunos fitónimos como “churquis, chañares, pizcalas” o el zoónimo “Mayuato” constituyen vocablos representativos de una determinada comunidad lingüística⁶, manifiestan la pertenencia a un ámbito geográfico y cultural bien delimitado, como también dicen de una pertenencia étnica: se trata de voces indígenas. Son palabras o unidades léxicas propias de una “comunidad de habla”.

A modo de cierre

En la evocación del pasado propio resalta la voz autorial, autobiográfica que va hilvanando relatos a través de los cuales rescata su historia personal. Presencias entrañables juntamente con la tierra, el paisaje natural, cercano, inequívocamente montañoso y andino movilizan la escritura de *Los días iniciales*.

Siguiendo a Lejeune (1994), puede decirse que el pacto o contrato de lectura que los relatos de *Los días iniciales* de Joselín Cerda Rodríguez establecen con el lector es de autoficción, cuando la narración es asumida por un enunciador ficticio, y es de autobiografía cuando supone una identidad apoyada -en este caso- en el apodo Joshino o en las iniciales J.C.R. del nombre propio del epílogo.

Entre la representación discursiva de los hechos y el flujo de la recordación, el escritor logra crear algo nuevo: el texto literario.

NOTAS

¹ Adolfo Prieto. *La literatura autobiográfica argentina*. Buenos Aires, CEAL, 1982.

² En adelante, cito por la siguiente edición: Joselín Cerda Rodríguez. *Los días iniciales*. Córdoba, Alción, 1993.

³ Sylvia Molloy. *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México, El Colegio de México – Fondo de Cultura Económica, 1996, trabajo citado por G. Oyola. “Modalidades autobiográficas en la Campaña en el Ejército Grande de Sarmiento”. En: *ConNotas, Revista de Crítica y Teoría Literarias*. Vol. 1, nº 1, 2003.

⁴ Leonor Arfuch. *El espacio autobiográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2002.

⁵ Joselín Cerda Rodríguez. *El indio a caballo*. Córdoba, Alción, 1999, p. 7.

⁶ En su recensión de *Tesoro de catamarqueñismos* de Samuel Lafone Quevedo, María del Carmen Arce de Blanco explica que el concepto de “comunidad de habla” admite referencias a “aquellas palabras y unidades léxicas gramaticalmente aceptables, como aquellas que denotan lo social y culturalmente aceptable”. En: *Revista de Lexicografía*. Facultad de Filología, Universidade da Coruña 2004-2005, p. 184.

BIBLIOGRAFÍA

Fuente

Joselín Cerda Rodríguez. *Los días iniciales*. Córdoba, Alción, 1993.

Bibliografía crítica

María del Carmen Arce de Blanco. “Samuel Lafone Quevedo (1999 (1898): *Tesoro de catamarqueñismos*, Catamarca, Dirección General del Centro Editor- Universidad Nacional de Catamarca.”. En *Revista de Lexicografía*. Facultad de Filología, Universidade da Coruña 2004-2005, p. 184.

- L. Arfuch. *El espacio autobiográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2002.
- E. Benveniste. *Problemas de lingüística general*. T. I México, Siglo XXI, 1972; T. II México, Siglo XXI, 1982.
- Juan Manuel Fierro B. "Algunas problemáticas de los discursos de la memoria". En: *La Memoria. Conflicto y Perspectiva de un objeto múltiple. Revista del Centro Interdisciplinario de Literatura Hispanoamericana*. Mendoza, FFyL, año 3, nº 4-5, pp. 499-512.
- Philippe Lejeune. *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Málaga, Megazul, 1994.
- Claudio Maíz (Compilador). *La Memoria. Conflicto y Perspectiva de un objeto múltiple. Revista del Centro Interdisciplinario de Literatura Hispanoamericana*. Mendoza, FFyL, año 3, nº 4-5, 2003.
- Sylvia Molloy. *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México, El Colegio de México – Fondo de Cultura Económica, 1996.
- G. Oyola. "Modalidades autobiográficas en la Campaña en el Ejército Grande de Sarmiento". En: *ConNotas, Revista de Crítica y Teoría Literarias*. Vol. 1, nº 1, 2003.
- Registro de voces kechuwas vigentes en el discurso coloquial norteño*. Estudio preliminar de Flora Guzmán. Jujuy, Unidad de Investigación en Lingüística y Literatura (UILL) Universidad Nacional de Jujuy, 1998.
- Carlos Villafuerte. *Voces y costumbres de Catamarca*. Buenos Aires, Editorial "El Llastay", 1955.